



A0588

10/12/1998

## **DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA JORNADA DE HOMENAJE A LA INVESTIGACIÓN BIOMÉDICA ESPAÑOLA ORGANIZADA POR LA FUNDACIÓN CIENCIAS DE LA SALUD**

Madrid, 10-12-98

Señor Presidente de la Fundación, señores Presidentes de las Academias, señores académicos, señores directores, señoras y señores,

Ciertamente, no abunda en España la costumbre de premiar el trabajo científico y la investigación básica, que es, como sabemos y como saben ustedes, un esfuerzo personal y las más de las veces muy silencioso, pero que siempre, afortunadamente, rinde buenos frutos y espero que así siga siendo.

Tal vez, a los demás, a la sociedad española, nos pierde en muchas ocasiones el gusto por lo espectacular y olvidamos con demasiada facilidad que en el terreno del saber, en el mundo de la ciencia, lo básico es siempre lo fundamental.

Por eso yo quería asistir a este reconocimiento hacia diez españoles excelentes y a todos los que como ellos trabajan día a día con muchos menos medios y, digamos, sin grandes respaldos; con mucha responsabilidad, con gran sacrificio personal y dedican sus tareas a la investigación científica.

También quiero felicitar a la Fundación Ciencias de la Salud y a la compañía Glaxo Welcome, que la sostiene, por su sensibilidad y por el acierto al instituir esta jornada que con tanto éxito se está celebrando.

Creo que es un motivo de satisfacción para todos que empresas de ámbito internacional sepan encontrar entre nosotros a científicos capaces de colaborar, con eficacia y con competencia, en esa gran tarea de conjunto para la humanidad que es el avance del saber, y, muy particularmente, de aquellas materias que pueden contribuir, de modo muy efectivo, a una mejora sustancial del bienestar de las personas, a combatir el dolor o la enfermedad, para conseguir una vida más plena, más humana.

Se ha repetido mucho el certero diagnóstico de Cajal, que ha citado en este momento el Presidente de la Fundación, cuando afirmaba que al carro de la Cultura española le faltaba la rueda de la Ciencia. Creo que gracias, entre otras, al inmenso esfuerzo de grandes individualidades eso ha ido cambiando poco a poco, aunque sea muy evidente el desnivel en el que todavía andamos.

Soy yo de los convencidos de que nuestra investigación ha terminado ya con el tópico de la incapacidad para la ciencia positiva, aunque tengamos que admitir que todavía no hemos alcanzado, casi en ningún aspecto, la necesaria masa crítica y tampoco hemos alcanzado la inversión de recursos imprescindibles para igualar el esfuerzo en ciencia de otros países.

Creo que lo que falta por hacer es cosa de la responsabilidad pública y también de la responsabilidad civil, aunque también solicito --lo hago aquí-- que nuestros investigadores no se limiten a ser unos sujetos pasivos, sino todo lo contrario: que hagan un serio propósito de mayor y mejor coordinación y de buscar permanentemente fondos para acometer sus líneas de investigación.

No es sólo un problema, que lo es, que el Estado invierta más o invierta mejor; se trata también de lograr que en la sociedad civil arraigue el prestigio social de la investigación científica, a la que es temerario renunciar o postergar en favor de otras actividades de rentabilidad política más corta e inmediata.

Por eso creo que en el terreno en el que hemos de madurar más es en el de la organización y de la buena gestión de la ciencia; en el del rigor a la hora de plantear proyectos y programas de investigación que, además de excelentes, tengan interés académico y un valor para la sociedad.

Además, también debemos ir configurando una malla de centros y de investigadores que nos permita, como acabo de apuntar, alcanzar esa masa crítica imprescindible para lograr un nivel de impacto internacional al que estamos obligado si queremos contar en el futuro.

Creo también que no hay que decir demasiado a los científicos cómo han de hacer las cosas. ¡Sólo faltaba! Éste es un ámbito en el que, de modo bastante natural, se impone una cierta y profunda meritocracia, y donde el mérito no es precisamente el de la capacidad de fomentar el estímulo y la competencia; es ese espíritu crítico y de superación, que es el caldo ideal del cual surge todo buen investigador.

Lo que hemos de lograr entre todos es que las Administraciones públicas puedan seguir creciendo en su ayuda a la ciencia, y que las empresas y las instituciones privadas empiecen a competir también en este terreno, entre otras cosas, porque ése será un buen testimonio de su vitalidad.

La empresa española tiene aquí un reto pendiente, que sería miope no ver en toda su importancia. Si queremos un desarrollo sostenido menos sensible a los ciclos y a los contagios, tenemos que mejorar forzosamente nuestras inversiones en Investigación y Desarrollo. Y añadido que, si no lo hacemos, lo pagaremos en el futuro inmediato muy caro.

En los albores de esta nueva sociedad de la información, como yo suelo en llamarla, el conocimiento va a ser la única materia prima de importancia indiscutible. Si no queremos quedarnos atrás, hemos de invertir en saber y hemos de apoyar de forma consistente, comprometida y con todo interés las tareas de investigación.

Yo quiero decir esto, entre otras cosas, porque creo que el Gobierno que presido procura cumplir con aceptable nota sus deberes. Hemos recuperado, de forma muy significativa, el gasto público, que en 1996 no ha alcanzaba los 200.000 millones, mientras que para 1999 dicho capítulo supera los 400.000 millones.

Estoy convencido, y espero, que el sector privado, que está conociendo en los dos últimos años cifras muy importantes, muy altas, de crecimiento y unos beneficios muy estimables, necesarios, convenientes, sabrá también estar a la altura de las circunstancias. Lo contrario espero que sea una forma de ceguera en la que nadie caiga.

Por ello es también muy importante que entre todos vayamos cambiando poco a poco la mentalidad, respecto al lugar social de la ciencia, dejar de verla como una actividad a menudo vocacional, bastante marginada, meritoria pero prescindible, casi heroica, un poco de locos, para entenderla como lo mejor que tenemos que hacer, como una inversión que cada vez va a tener más valor en cualquiera de los sentidos de la vida.

Me gustaría terminar con ustedes haciendo una brevísima consideración. Creo que en biomedicina, al igual que ocurre en otros dominios de la ciencia, siempre existen riesgos

de utilizar las capacidades técnicas que vamos adquiriendo de forma muy poco juiciosa, incluso hasta peligrosa. Por eso quiero decirles que me parece especialmente importante la iniciativa que las Naciones Unidas han promovido de proteger el genoma humano mediante un código que, previsiblemente, se aprobará hoy, al considerarlo como la base de la unidad fundamental de toda la familia humana, de su dignidad intrínseca y de su diversidad.

En todo caso, tengan ustedes plenamente mi simpatía personal, mi respeto sincero y mi aplauso. Sepan que rinden un servicio, con mayúsculas, a todos sus compatriotas, a toda la nación española.

Enhorabuena a todos. Ánimo y adelante.